



MORIR DE ÉXITO

Se atribuye normalmente la expresión a aquellas situaciones en las que nos desbordamos porque nuestro producto, o lo que ofrecemos, tiene mayor demanda de la que podemos satisfacer.

Pero hay otra forma de morir de éxito que es cuando nos apalancamos en ese éxito, cuando asumimos que ya hemos alcanzado el máximo nivel, y dejamos de progresar.

El éxito de hoy no me asegura el mañana, ni siquiera el mañana por la mañana. Vivir el éxito recreándonos en él es la garantía de que más pronto que tarde llegue el fracaso.

¿Cuál es entonces la sana gestión del éxito? Pues como nos propone el filósofo y profesor Charles Pépin, *“hay que mirar el éxito como abordaríamos el fracaso: continuando la búsqueda, la indagación”*. Esta es la clave. Los deportistas que perduran en su carrera lo hacen. Después de cada éxito investigan qué pueden hacer mejor, o distinto. Igual que harían si hubieran fracasado.

Porque además, lógicamente, todo éxito es relativo, y hay éxitos muy endebles, muy frágiles y algunos que lo parecen a ojos externos o que nos los atribuyen desde fuera, pero que nosotros sabemos perfectamente que en realidad no lo son. Hace pocos días hice un taller, que se me reconoció como un éxito, pero del que yo salí con una larga lista de cosas que en próximo taller quería hacer distintas, porque no estaban para mí suficientemente bien.

“El éxito obliga” -dice Pépin- *“nos atribuye una nueva responsabilidad”*, que no es otra que seguir investigando, seguir indagando, seguir mejorando. Asumir el éxito como tal es dejar de progresar, es hacerlo efímero, garantizar que no durará.

La palabra clave cuando nos referimos al fracaso es “superarlo”. Pues bien, desde esta visión, el éxito hay que superarlo también, tanto como el fracaso. Y esto no es incompatible con, en el momento en que ocurre, disfrutarlo.